

Entre Balas de Cristal

Nad Alatraste

BALAS
DE
CRISTAL



Nad Alatraste

HASTA QUE TE ENAMORES

Capítulo 1

Cinco años atrás...

Froto mis ojos para obtener claridad, lo único que puedo respirar es tierra y basura y mi piel comienza a tener comezón; respiro una vez más y me llevo los binoculares a los ojos. La visión es verde debido a la oscuridad que reina sobre el cielo de Turquía, apenas y consigo mirar hacia los kilómetros en los que estamos, remuevo mi cuerpo entre el desierto rocoso y vacío, y millones de punzadas suaves me rozan el pecho y el estómago a pesar de que estoy protegido por el uniforme militar, mis codos protestan por el peso y sé que los tengo raspados.

Llevo cerca de cuatro horas tirado en la misma posición, esperando que la noche cayera lo más rápido posible. Y aun así decidió tomarse su tiempo.

Estamos sobre los bordes del cráter, esparcidos como lagartos diurnos aguardando la cena; vigilo fijamente el centro del oasis seco, ahí hay montado un campamento custodiado por más de una decena de hombres con armas, esparcidos en todos los ángulos. Encontrar esta zona me costó bajas, cansancio y sudor. Caminamos durante dos horas en equipo mientras dejaba otro equipo formado luchando contra los turcos rebeldes que iniciaron la guerra y decidieron saquear la ciudad, bastardos.

Los disparos y bombardeos todavía son audibles hasta aquí, puedo vislumbrar con cansancio las rápidas flechas rojizas que se atraviesan en el cielo, matando soldados y criminales en medio del desierto de tierra desnivelada; ajusto un grado más al binocular y aproximo la visión.

—Capitán, es hora —hablan a través del auricular que llevo instalado en el cuello.

Los soldados están esparcidos alrededor del pequeño cráter esperando indicaciones. A unos metros tengo situado al Capitán Campbell, quien al igual que yo, no tiene tan buen aspecto.

Bajo los binoculares y ladeo el rostro a la derecha, buscando los brillantes puntos de sus ojos que destellan bajo la oscuridad de la noche. Él regresa a mirarme, tirado en el suelo; desde mi posición solo puedo trazarle media cara y percibir su presencia.

—Es hora —confirmo—. Capitán Campbell, descienda mientras lo cubrimos

—ordeno con voz fría.

El capitán asiente tras mirarme fijamente —ojala pudiera tener el valor para mirarle bien a los ojos—, luego se acopla los lentes al pecho y se pone de pie con un movimiento ágil que hace sonar la poca gravilla suelta de la tierra. Mi corazón late fuerte que parece patadas, vuelvo a la visión y lucho por concentrarme al panorama de soldados bajando cuidadosamente del cráter, como puntos alargados de color blanco. Y sin embargo no del todo estoy ahí, en mi mente surgen los momentos cuando discutí con Velkhan a causa de Casandra.

¿Por qué tiene que meter sus narices? Todo sería tan fácil si no interviniera, que Casandra, mi mujer, ¿me está engañando? Ella jamás me haría algo así, aunque no lo doy por seguro, pero, hemos estado juntos desde hace nueve años y esa cantidad de tiempo te enseña más de una persona. Casandra podría ser una cabra loca cuando pierde los estribos, algo compulsiva y obsesiva al perder el control, pero me ama. No sé de dónde demonios sacó Velkhan Campbell que Casandra solo es una zorra manipuladora que ve en mí, el dinero que he juntado desde que la milicia me adoptó luego de sacarme del camino sin rumbo con destino a la muerte.

Las fosas nasales se me dilatan de coraje, mientras el cuerpo exige caminar o echarse como un perro sobre la tierra, y estirarse. No soy estúpido, Velkhan tiene envidia de que ahora sea jodidamente feliz y pronto tenga una vida estable, cuando le pida matrimonio a la mujer que amo; él en cambio seguirá solo. Eso le quema, por eso se esfuerza en meterme basuras en la cabeza porque quiere echar por la borda a mi convicción.

Un amigo rencoroso es como un perro con rabia. Ambos atacan.

Es el momento, me pongo de pie y hasta los huesos de la espalda crujen, a mí alrededor solo es desierto negro y dentro del cráter, un campamento apenas visible por el fuego. Empiezo a descender con sutileza, cargando mi arma y usando el binocular para saber cómo va el equipo del otro capitán, me muevo con agilidad, haciendo servicio de todo el entrenamiento que me partió el lomo. No es la primera misión, pero si una de las más importantes, está noche debe caer Irfan Mazhar —uno de los grandes cárteles que habita dentro de Turquía—, el primer equipo va aproximándose como una serpiente al campamento, acribillando con tiro limpio la cabeza de cada sujeto que monta guardia.

—Capitán Cromwell, zona sureste despejado —anuncia el otro capitán por mí oído.

El corazón bombea con prisa, una persona normal diría que hace un frío

de muerte, pero para mí, estoy sudando horrores y por todas partes.

Cada paso que doy sobre la tierra, me acerca más al campamento. El plan es tomar por sorpresa la fuente de su almacenamiento, esa madriguera nocturna tiene que ser el sitio donde guardan armamento y donde el jefe se oculta. Por mil demonios tiene que ser ahí.

Aunque, el silencio mortecino se rompe de repente.

—Señor, nos han visto. Repito, nos han visto —la sonora voz de algún soldado aterrado es reemplazado por una copla de balas. Después, todo se rodea de mortíferos sonidos de balas en cualquier dirección.

Todo marchaba bien, demonios.

Termino de descender con prisa, apuntando y disparando con certeza cualquier cabeza que se me cruce y sea una amenaza; la sangre me hierve y siento la piel de lava. Hay disparos por todas partes y horriblos ecos de aire en el micrófono, alguien dispara a mi dirección por lo que me obligo a ocultarme bajo una piedra alta, entre las sombras.

—Capitán, nos están flanqueando —es Velkhan, tratando de sonar firme.

—Pues ataquen, joder.

Respiro fuertemente con ganas de reír. Pero lo omito cuando una mezcla de rabia y confusión me ataca, empiezo a tirar a la dirección que me proyecta y termino derribando al enemigo. Sin embargo ya todo es un caos; los tres chicos que forman el equipo de Velkhan han sido caídos y dos de los míos también, en el campamento solo restan unos dos o tres hombres, mientras rondan tres militares vivos conmigo.

Con los binoculares diurnos busco alguna señal que me señale al jefe, pero no hay nada, todos estamos ocultos como alacranes entre la maleza. Las botas queman mis pies por lo que me deslizo cuidadosamente entre la tierra y quedo bocabajo espiando a través de la mirilla del rifle, consiguiendo paciencia.

Sale otro disparo y se oye el gemido muerto de un hombre, sin duda era de mi equipo, maldición. Empiezo a sudar con intensidad y sé que la sangre me fluye como lenguas de fuego por las venas, sumado a todo el coraje que le guardo a Velkhan por la discusión de la mañana mientras volábamos en dirección a este sitio abandonado. De modo que ahora, hasta la frente me palpita.

— ¿Sigue ahí, capitán Cromwell? —murmuran con aire sofocado en mi

auricular.

—Sí —respondo con cansancio, aguantándome el dolor que espina todo mi cuerpo, pero oírlo a él, solo hace que algo más pesado que una piedra aplaste mi corazón—. Esperemos, ya saldrán las escorias.

—Enterado.

Si dejamos de movernos e intentar llegar al campamento después de un largo rato, creerán que el chico que dispararon hace poco, fue el último. No es tan cierto, aunque podría funcionar si se le tiene fe y paciencia.

Tal vez transcurre cerca de una hora y el interior del cráter es un hoyo de silencio; los bombardeos que hay a kilómetros son solo espiraciones traídos por el aire, que se opacan entre el sonido de la respiración pesada y el ruido de los latidos del corazón; hay que intervenir, solo quedamos el otro capitán y yo, debemos llegar ahora que solo quedan pocos enemigos.

—Avancemos capitán Campbell —digo con tono distante—. Es el momento.

Dejo la dolorosa gravilla y decido tomar el lado izquierdo para que el otro combatiente tome el lado derecho, y así parece ser. Campbell empieza avanzar con paso firme y cuidadoso hacia el campamento —que es un refugio mediano con impenetrables lonas oscuras—, mientras yo sigo por el lado contrario, siempre alerta y silencioso, algo me detiene.

Velkhan sigue avanzando sin percatarse de que ahora estoy detenido, apretando el arma con las manos y calentando el metal con mi calor.

Aquel sujeto uniformado que camina con sutileza, ya no es el mismo hombre con quien me crie, éste solo se pasa llenándome la cabeza con una sarta de ideas que me dañan. Para mí es como otro hermano, pero me lastima jodidamente que él quiera destruir mi vida, sabe que amo como un loco a mi mujer, que no dejaría que nada ni nadie la lastime porque Casandra es mi vida, y sin embargo, él lo hace a cada instante. No lo comprendo, solo sé que me da rabia.

Algo caliente se abre paso entre mi pecho y me nubla la mente.

Así que no me muevo, quedo con las botas pegadas al suelo y es como si de mí se apoderara un ente oscuro, incapaz de regresarme el control sobre mi cuerpo.

La frente me palpita, el pecho me aprieta y el aire se vuelve escaso. Debo acompañar a Velkhan, coger ese Irfan Mazhar, patearlo y sacarlo de las

pelotas. Eso tengo que hacer, joder.

Pero no puedo, necesito ver sufrir a Velkhan primero.

Todo transcurre rápido hasta que unos balazos resuenan dentro de las lonas, mi estómago se aprieta preso del enrosque de alguna víbora, no obstante, no me regresa la fuerza necesaria para ir detrás del soldado.

Solo quedo en el mismo sitio, oculto y atento, con el corazón a mil.

— ¡Cromwell! ¿Dónde andas? —habla alterado, pero no contesto porque no soy consciente de mí—. ¡Maldición, Cromwell! ¡Cromwell!

—Van atraparme esos hijos de puta. Aparece, por Dios —su voz sale tenso.

Contengo la respiración, aprieto un puño y cierro los ojos.

Lo mereces.

Después abro los ojos y solo distingo dos cosas, la primera, el campamento a solo unos metros de distancia y la segunda, que a mi espalda hay una boca de oscuridad esperándome. Entonces escucho el quejido en el auricular, y su voz en protesta. Lo han cogido; pensarlo hace que me mueva a un costado de las lonas y me encubra al lado de un motor para electricidad, que ruge bajamente; paso saliva y espero la voz de Irfan, ¡¿Qué demonios estoy haciendo?! ¡Tienen a mi amigo! Sé que forcejean y cada áspero eco, me oprime el corazón y al mismo tiempo me lo sana.

Me libera su miedo.

— ¿Quién más ha venido contigo? ¿Cuántos de tu estirpe todavía merodean aquí? —oigo que alguien increpa.

—Ni uno más, todos muertos —responde Velkhan sin cobardía.

—No te creo, al parecer eres uno de la Fuerza Secreta. ¡Arrástrerlo a la silla eléctrica! Hablará.

Mi cuerpo se tensa, luchando entre las ganas de rescatarlo y de dejarlo sufrir, combatiendo entre el miedo de perderlo y la rabia de hacerlo pagar por su envidia; una parte de mí tira hacia la dirección que el instinto me dicta y la otra simplemente se aferra a no hacer nada.

A dejar correr lo que venga, aunque eso ya me esté asfixiando.

Los minutos corren dolorosamente, causándome punzadas de angustia y culpabilidad. Tanto que he perdido su conexión, seguro que lo despojaron del auricular por lo que también me deshago del mío, pero poco después un alarido de dolor resuena por encima de la noche, es su voz retorciéndose, luego merma y vuelve a rasgar la espesura del suelo de Turquía.

Y así, es el mismo cántico por otra hora interminable. La peor hora de mi vida, y el peor lamento para mis oídos, los alaridos que deja escapar son de resistencia y a mí me parte el alma saber que lo están torturando.

Le dan tregua y luego aumentan el voltaje hasta provocar que el cerebro se le fría lentamente y los órganos se guisen; el sudor brota de mi cara como aguacero, sin control.

No alcanzo a oír de lo que discuten, pero distingo los murmullos entrecortados. Miro a la nada y veo que todo está vacío, solo hay cuerpos tirados cerca de rocas o a medio suelo con los ojos abiertos o la vista muerta en el cielo, pero nada más, aparte de mi equipo eliminado.

Sale otro alarido grave del interior de la lona y se apaga, como si ya no tuviera energía. La sed me llega y la piedra aplasta mi corazón a punto de fallar. Rebusco entre los bolsillos de mi pantalón militar y consigo un par de explosivos que pongo individualmente sobre el motor despierto, luego empiezo a deslizarme pegado a la lona y espero con ansías otro grito que me indique que el soldado está vivo.

Entonces mi respuesta son cuatro disparos, que me duelen en el pecho.

Velkhan está muerto, lo presiento.

No necesito saber más, termino de colocar los otros explosivos alrededor y decido buscar el lugar donde lo han encerrado, cuando lo encuentro enseguida corto la lona con mi navaja de guerra, rasgo su fibra y lo veo; descubro a un soldado torturado, con la piel lacerada y cuatro agujeros rojos en el pecho. No siento tristeza, pero tampoco alegría solo puedo sentir que la tierra parece temblar; paso saliva mientras algo me dicta que por lo menos debo sacarlo. El lugar ha quedado nuevamente vacío, así que aprovecho y me meto, desato los cinturones con que lo apresaron y me paso un brazo al hombro, apremiado.

Es mi culpa, yo lo asesiné.

Trato de sacarlo rápidamente, pero es imposible porque mi cuerpo está cansado, adolorido y pesado. Justo cuando creo tener el camino libre, nos disparan en la espalda y ponen difícil la huida, no llegaré tan lejos así,

Velkhan ya no puede hacer nada, él...

Avanzo otra distancia y trato de protegernos de los balazos que sueltan en el aire, cada vez más cercanos a nuestras espaldas; en mi mente repaso lo que había dentro del campamento, armas, municiones y mucho combustible, será una explosión infernal, volteo la cara hacia atrás y regreso, luego tiro el cuerpo en el suelo, me agacho velozmente y pulso el botón rojo para los explosivos.

Protegiéndonos.

Una gran fumarada intensa se eleva por los aires de la noche, dejando un rugido ensordecedor que reduce todo a cenizas y el calor erosiona en mi piel mientras llueven piedrecillas por todas partes.

El polvo empieza a caerme sobre la cabeza y el cuello y con ello el peso de la realidad.

Mi visión deja de ser borrosa y se va volviendo nítida.

Mis oídos chillan y poco a poco van captando los sonidos claros.

Estiro la mano y a mi lado, Velkhan yace desmadejado, torturado y muerto por mi culpa. Lo dejé morir en manos enemigas, le di la espalda y lo abandoné; ahora he perdido mi dignidad, me convertí en una mierda y eso hace que sienta terror. Arrastro mi propio cuerpo sobre la tierra y gimo dolorido, tengo la garganta seca y los toseos me hienden el cuello como dientes de lobos pero mí estómago está más duro que una roca. ¿Qué hice? Mierda, ¿qué hice?

Trato de reaccionar.

Pero en este instante, todavía no sabía que había cometido el peor error de mi vida.

Continuará...

Capítulo 2

Hola amigos:

Aquí estoy, esperando que se encuentren bien en todas las formas posibles. Solo paso de rapidito para comentarles que empezaré de cero está historia.

Ya había subido la historia completa pero la verdad solo era un sencillo borrador, ahora quiero detallarlo, pulirlo y mejorarlo; ustedes se merecen lo mejor. Tambien les quiero pedir paciencia, tal vez no suba capítulos muy seguidamente pero intentaré asegurarme de cada uno valga la pena. No les quito más tiempo, solo puedo despedirme diciendoles *GRACIAS CON EL CORAZÓN* a todos los que me han apoyado, ustedes son el impulso que tengo para terminarlo, así que ojalá sigan al pendiente de mí.

Los quiero y adiós.

Capítulo 3

"Y bueno, estoy de vuelta.

*espero que esta historia les robe el corazón
y se enamoren un montón.*

Para ustedes".

Capítulo 1

Milena

Disfruto cada día de mi vida, no soy la típica chica que suele portarse mal pero una vez al año no hace daño.

Ministry of Sound está disparado de personas, las luces rebotan a través de mis ojos y solo puedo disfrutar. Dejo que la canción *Hasta que caiga el sol* me vuelva loca y explote mi corazón en minúsculos cristales de colores que salen disparados por todas partes; desde que entré no puedo para de reír y agitarme. Mi cuerpo menea las caderas al ritmo musical mientras juego con mi pelo y disfruto las palabras suaves de Dorian.

—Que hermosa estás, amor —me doy la vuelta por impulso, ya que alguien me rodea la cintura y posa su mentón en mi cuello.

Giro sonriendo y entonces me encuentro a Elián, quien echa para atrás la cabeza y cierra los ojos mientras respira mi aroma.

—Hola —murmuro pasando los brazos a su cuello.

Los ojos oscuros de Elián brillan de excitación y a mí me recorre un escandaloso sonrojo.

— ¿Quieres un poco de alcohol? —Pregunta pasando la lengua por sus labios—. Lúcida eres bella pero loca, serías una tentación.

Le sonrío para aminorar mi incertidumbre.

—He dicho millones de veces que no beberé alcohol —bajo un brazo y con

dos dedos picoteo su pecho, dejándole claro mi decisión.

Elián —que no es más que un chico un año mayor que yo, mariscal de campo e integrante de una banda de pesados—, me mira con desaprobación y me suelta la cintura, después encoge los hombros.

—Entonces tendré que ir solo por otras cervezas, tal vez tus amigas si quieren —me guiña el ojo y seguido lo veo desaparecer entre la bola de gente que baila a cada lado.

No me importa, solo continuo bailando y olvidando el verdadero motivo del por qué estoy aquí. Tal vez si mi padre no se hubiera ido de viaje a cerrar otro negocio en algún punto del mundo, yo ni siquiera tendría que estar desorientada entre el bullicio. Frida y Clío se acercan hasta donde estoy y me cogen del brazo, con un gesto cariñoso.

—Bebe solo un trago, Mil. No se caerá el cielo, además ya casi tienes dieciocho, tonta —me reprende Frida, la mejor amiga.

Sonrío lo más amplio que puedo hasta terminar riendo.

—Jamás, he visto lo que hace el diablo con los que beben.

Mis amigas se retiran luciendo un vestido crema tan corto que cualquiera podría meterles mano sin dificultad, desaparecen con los chicos que se consiguieron y regresan por sus copas de tinte azul y púrpura con cerezas. En cambio yo, decido fundirme con la música.

Tras otro rato de baile siento que necesito ir a la WC, por lo que empiezo a empujar a la gente de mis lados y trato de escaparme lo más rápido posible, aunque el acto resulta un reto cuando apenas y tocas los 1.60 de altura; como sea necesito hallar la salida pero parece que la gente se cierne sobre mí a propósito como una ola. Al cabo de dos minutos finalmente logro mirar hacia un hueco abierto que da en la barra.

Lo que menos esperaba es lo que observo.

En la barra Elián mi propio y estúpido novio, devora la boca de una desconocida que le masajea los huevos con descaro; el coraje y los celos se me suben a flor de piel, así como las lágrimas traicioneras se acumulan en mis ojos, porque me lastima encontrar a mi novio traicionándome, aun cuando se suponía veníamos juntos a divertirnos. Por un infinito segundo me imagino yendo hacia él gritándole en la cara una tanda de monosílabos, pero entonces la luciérnaga de mi cordura se enciende y vuela por mi cabeza a tiempo, lo que me detiene. ¿Un hombre que no se da a respetar, vale la pena humillarse para otra? No claro que no. Giro en

mis talones en busca de otra dirección.

Elián siempre ha tenido mala fama, se cree la última taza de café caliente en invierno. Una novia cada semana antes de mí, un millar de pretextos acumulados en mi teléfono diciendo que tiene apuntado un partido de beisbol demasiado importante, palabras mentirosas que me tragué solo porque empezó siendo lindo conmigo.

Respiro y avanzo por la salida que me dirige a otro sitio, un lugar que sin mirar persigo tratando de ordenar mis pensamientos, lo malo es que no puedo porque todo me confunde y la única conclusión que encuentro es que solo he sido una: estúpida.

Llego hasta el pasillo más alejado que da dentro de la discoteca y agradezco notar que el ruido de la música se oye distorsionado, bajo y hasta las luces resultan mayormente escasas. Continuo caminando con pasos cortos la habitación fría, lo primero que observo es una ventana de cristal que se alza metros adelante, recorrido por un marco de madera café. Aunque, observo con más atención y unos nervios me recorren al pensar que esté lugar no parecen ser los baños, ni siquiera tiene pinta de ello con las paredes violetas y la loseta rojiza. Entonces unas voces me desconciertan, apretándome el corazón.

Proviene de algún punto cercano, cortado y grave. Una voz en particular capta mi interés, lo que me hace buscar la fuente del sonido.

—El plazo ya se terminó. ¿No fue usted quien necesitaba la ayuda?
—tardo en descubrir que esa voz masculina y joven nace de la ventana de enfrente que parece resplandecer burlón ante mi vista.

Me aproximo y me hiela no ver a nadie fuera del pasillo así como dentro del cubículo.

—Lo sé, pero solo denme una semana para completar el resto —responde la otra voz, más chillona y preocupante.

No me huele bien la situación, sin embargo mi curiosidad es extremadamente grande que me sitúo bajo el cristal de la ventana y asomo delicadamente la cabeza, evitando que me descubran.

Desbloqueo el celular y pongo la cámara sobre el borde inferior del marco, provocando que mi corazón acelere el ritmo cardíaco.

—Entonces haré que su pequeña hija de doce años termine en la red de prostitución. A muchos tipos gordos, canosos e hipertensos, les gustaría ver la inocencia de su hija desnuda.

Se me corta la respiración al oírlo.

Quedo anonadada mirando la pantalla del móvil que muestra a cinco sujetos adentro, dos de ellos importantes, uno el que suplica y otro el que ordena escondido tras una máscara completamente blanca, adornando de franjas cobrizas que le dan un aire espeluznante.

—Una segunda oportunidad, una segunda oportunidad —suplica el otro.

—No existen segundas oportunidades en este mundo —el hombre enmascarado coge el arma y le dispara, reventando la cabeza del hombre bueno.

Asustada, corto el video.

Me arrastro al suelo y espero con la boca seca, alumbrada solo con la luz del teléfono en mano, incluso empiezo a temblar comprendiendo lo que acabo de ver. ¿Cómo rayos llegué hasta aquí? He metido la pata, tonta.

Lo peor nace cuando escucho voces nuevas surgiendo del pasillo extremo, voces masculinas discutiendo algo sobre cartas chinas. Me levanto de inmediato sin reparar en la ventana de mi espalda, dos hombres vestidos elegantemente surgen... y entonces solo me descubren, no los miro ni un segundo más y empiezo a huir.

Oh Dios, ruega por mí.

—Hey, alto que voy a disparar —vocifera uno de ellos, aunque ambos vienen hacia mí.

Pero ya he empezado a correr sin voltear atrás, haciendo que chillen los tacones altos por el piso de loseta fina. Como sea ubico el camino de regreso y pronto las luces juguetonas, el ruido, el público bailando, la música ensordeciendo, y todo lo demás me golpea, impidiendo localizar a mis perseguidores.

Me hundo y nado entre la marea hasta conseguir la salida final de la discoteca, al salir doblo la esquina con el pecho retumbando; detengo el taxi más cercano y le ruego que me lleve a casa, mientras, miro las calles en busca de los hombres que me perseguían.

Aparezco en casa con los nervios de punta, tapándome la boca con la mano intentando digerir de lo que he escapado. Ahora soy un testigo del crimen y que de forma tonta hasta guardo evidencia, si así se le puede

decir.

—Milena ¿Dónde estabas? —estaba muerta, cansada y sudorosa que no me daba cuenta de la presencia de mi madre en la sala.

—Oh mamá —digo recomponiéndome sobre la puerta—. Había ido con Frida y Clío a la discoteca —sonrió mostrando calma, separándome de la puerta principal.

Mi madre me escanea, retirando los lentes de la cara y seguido cierra la computadora con una seguridad impenetrable.

— ¿Y por eso perdiste color en la cara? Parece que hubieras escapado de algún asesino —reprende mi madre, aprieta los labios y después añade—: Deberías estar con tu padre; no podía cancelar su negocio para la semana entrante.

Aflojo los hombros.

Mi madre siempre se la pasa encerrada en el mundo del trabajo. No la culpo, gracias a ese sacrificio ahora es una mujer importante dentro del Parlamento de Londres, aunque eso implique mal carácter, estrés, preocupaciones y poca atención; sumándole encima que no soy buena mintiendo. Además, guardo evidencia en mi celular! ¿Y si me persiguen? ¿Si la policía inicia un interrogatorio y alguna cámara me identifica?

Respiro hondo antes de contarle la verdad incluyendo lo de Elián, ella deja a un lado todo el material de su trabajo y me escucha con la cara seria que no anuncia nada bueno.

¡La cara que es de temer!

—Mañana, escúchame, mañana iremos a dejar esa evidencia a un lugar que me asegure tu bienestar.

Margaret me lanza una mirada amenazante y directa, mientras siento como me encoje ante ella.

Capítulo 4

Capítulo 2

Ónix

Lo primero que me recibe es el montón de trabajo acumulado dentro de la Base Secreta. Carajo, ¿acaso uno no puede dormir bien una sola vez en la vida? Heme aquí, como todo un militar obediente.

Sigo sin creer que sea ella a quién debo proteger con mi vida, es tan solo una chiquilla que reluce como diamante ante el sol. Hace dos días llegué a la Base de Inteligencia Militar o mejor dicho BMI con la novedad de que la hija de una integrante del Parlamento de Londres —Margaret Díaz— había filtrado un mensaje donde confesaba que su única hija guardaba evidencia sobre algún grupo criminal. La mujer junto a su exesposo —Guillermo Foster—, optaron por comunicarse a la Agencia Universal más secreta de todos los rangos, denominada: FSMI por (*Fuerzas Secretas de Inteligencia Militar*) que es el encargado de perseguir y eliminar mafias y organizaciones imponentes por todo el mundo.

¿Pero ella? ¿Cómo muestra de lo que se cree una nueva organización?
¡Que me jodan!

— ¡Ónix, por Dios, estás aquí! —alguien chilla de alegría a mis espaldas. Doy media vuelta para encontrarme con la linda cara de una mujer que extiende los brazos lista para abalanzarse sobre mí—. Te he echado de menos.

—Dove —digo poco sorprendido—. También te extrañé —miento. La verdad es que no suelo pensar demasiado en mujeres.

— ¿De verdad? —cuestiona emocionada, fingiendo que la verdad no asoma de mis ojos.

Asiento.

Después de mentirle que sí, nuestra jefa aparece con la delicada y hermosa chica del caso. Me dirijo a la sala de juntas privadas y en el trayecto nuestros ojos se enlazan, a primera vista son tan verdes y brillantes. Un minuto tarde, el resto del personal ingresa, llenando el espacio con diferentes tipos de presencias.

La joven se prepara, claramente nerviosa al observarnos.

—Soy Milena Foster Díaz y aunque no sea relevante, mi madre me hizo venir porque presencié el asesinato de un hombre dentro de la discoteca —su voz es pasible pero notoriamente rígido, su mirada nos recorre a cada uno como objetos extraños y la verdad no la culpo, aquí solo hay gente fuerte, autoritaria y de gran porte.

Cada hombre la escruta con mirada de cazador. Ella es hermosa, jodidamente hermosa, pequeña, pelo negro que le cae en enormes rizos y unos ojos cautivadores, ojos que roban el aliento; son extremadamente verdes, capaces de atraer y despertar el interés escondido, la verdad y la ternura al mismo tiempo.

Sacudo la cabeza escuchando lo que vio acerca de un sujeto con máscara, la conversación que alcanzó a oír y después el resto de los hechos. En el video de segundos que nos expone, apenas se distinguen los detalles, pero se centra en memorizar lo que captó.

—Bien, pero no podemos hacer mucho contigo —interviene Faith, una mujer de cincuenta años con porte directo.

—No necesito que hagan algo por mí, solo guarden la evidencia y atrapen al responsable —dice sonando clara, sin embargo, percibo el temor en su respingada voz.

—Déjame hablar con ellos —Faith le pide que salga y Dove la acompaña a la salida.

Yo solo observo desde la cabecera de la mesa, con piernas abiertas, reservado y profesional. Siendo el Káiser que soy. Faith se gira hacia nosotros.

—La evidencia de esa niña no nos dice nada —comienza uno de los colegas.

—Silencio —le demandan—. Hace tres semanas registramos un nuevo movimiento en México y según información confidencial, no se trata de cualquier organización que ya hayamos marcado en el tablero —nuestra jefa espera un momento.

—Si no mal recordamos ya hemos repelido muchos ataques en diversos puntos al mismo tiempo, es como si alguien estuviese poniéndonos trampas para salir a la luz —expone Weekend, otro superior.

— ¿Qué opina, Káiser? —Faith me arranca de los pensamientos.

Respiro hondo, preparado.

—Ningún criminal antes ha tenido que usar máscara para proteger su identidad. Pero comienza a tener sentido, movimientos en México, ataques entre países y el nuevo enigma con máscara —pauso, moviendo ligeramente los dedos sobre la mesa de cristal templado—. No es que en Inglaterra no se cometa crímenes cada día, pero si esto pertenece a una nueva organización. ¿Por qué no valernos de la oportunidad?

— ¿Hablas de la hija de Margaret Díaz? —cuestiona una mujer de cara afilada.

—La protegeremos y si deciden venir por ella, le jalaremos el hilo para dar con el jefe —propongo.

Muy pocos integrantes del gobierno Inglaterrano pueden contactar con la FSMI, diciendo que hasta eso se les permite.

—Desde mi punto, no creo que sea necesario brindarle protección por tan poca evidencia —murmura la más joven de las cuatro mujeres que aguardan sentadas.

—Entonces, Káiser —declara Faith, decidida—. Usted será quien proteja a la chica. La discusión se cierra.

Faith se yergue y cada integrante se levanta, dejándome sentado solo. No me quejo. Desde el principio nuestra jefa me lo dijo al oído, lo más probable era protegerla; cuidar del interés siempre será lo primero.

Suspiro rascando la barbilla.

Media hora más tarde la tengo sentada frente a mí.

— ¿Qué edad tienes? Diecinueve, tal vez veinte —pregunto analizándola.

—Tengo solo diecisiete —responde con voz nítida.

Joder, que me jodan. Es solo una cría.

—Me han dicho que debo hablar con usted —habla sin pena, sus ojos no dejan de repasarme el rostro. Lo que me permite apreciar el verdadero color de sus gemas, son verdes con fragmentos ámbar en los bordes, son preciosos y atractivos.

—Bien Milena, soy Ónix Cromwell —me presento sin demasiado interés y con mayor formalidad—. Siéntate.

Señalo la silla, obedece y el aire deja de existir. Mi corazón bombea la sangre con más ligereza y las mejillas rosadas de esa niña se encienden cuando por accidente las puntas nuestros dedos pequeños se rozan, algo que ni siquiera se siente.

Le explico que seré el hombre encargado de su seguridad para los siguientes días. Casi igual a un guardaespaldas pero con diferentes condiciones de trabajo, por lo que deberá alejarse un tiempo de su familia; al oírlo entorna los ojos y se prepara para refutar pero enseguida la silencio con la mirada. Esto por motivos confidenciales que de cualquier manera se trata a su seguridad y así evitar que algún criminal de alto alcance dé con ella.

Al terminar doy las indicaciones y la dejo partir. Esto sí que sería algo duro, una putiza tener que cuidar de una adolescente.

Capítulo 5

Nunca imaginé que mamá me traería a una Base Secreta —es más, creí que solo existen en las películas y esas cosas por el estilo—, y encima este lugar es aterrador, enorme por todas partes, tanto por fuera como por dentro. Cuatro plantas, dos superiores y dos subterráneos, vehículos militares aparcados por modelos y un puñado de personal uniformado de muerte: con playeras caquis, pantalones de camuflaje y botas altas. Tipos que roban el aliento.

Sigo sin creer como es que estoy aquí. Lo último que hice fue contarle a mi madre lo sucedido.

Tras platicar a solas con ese terrible y curiosamente atractivo militar de susto llamado Ónix Cromwell, puedo sentir que finalmente le he explicado con mejor detenimiento la situación. Mi situación, el lío en que fui a parar. Él pareció escucharme con detenimiento y su intensa mirada no era como el de los demás, que parecían acusarme a mí de ser yo la criminal del club.

Mi padre, Guillermo Foster, también ha tenido que presentarse. A pesar de que mis padres estén divorciados y muy pocas veces se crucen, saben a la perfección que las decisiones con respecto a mí las deben de tomar juntos, sin más.

—Mil, cuídate —la voz de mamá estando en otra sala, suena quebrada.

—Tranquila mamá, tampoco me envían a la Tercera Guerra Mundial —la miro con ternura, a pesar de que ella se ve tan fría como el hielo.

—Estaremos al pendiente de ti, evita portarte mal —advierde mi padre, dándome un gran abrazo.

—Los amo —abrazo a los dos, aunque eso resulte tan incómodo para ambos.

Papá es un hombre maduro, dueño de una línea de autos deportivos que él mismo diseñó y al que nombró —Sky—, ahora tiene una empresa propia, una lista de catálogos, títulos en diferentes asociaciones y una

fama de renombre que surge en cada titular de Londres.

Las cámaras parpadean alrededor de él.

Me separo de ellos.

Nunca me había visto en la necesidad de separarme de mis padres, hasta entonces. Comienzo a creer que está situación solo es una exageración de millonarios preocupados. Ahora lamento haber asistido a esa discoteca, porque solo fue un gravísimo error. *¡Sí!* Tenía la vida casi perfecta en el tiempo correcto con el presente adecuado.

Y entonces, es como si alguien volteara la página de un libro.

Reviso el móvil y encuentro cerca de quinientos buzones de mis amigas queriendo enterarse de todo. Pero me limito a decirles que estoy viva y bien, que solo faltaré algunos días a clase. Bajo un poco más el historial de llamadas y noto las llamadas de Elián que terminan hirviendo mi sangre. Sus mensajes también se acumulan, que se meta por el culo los muchos: "*perdón cielo, no quise hacerlo.*" Que envió.

Haber entrado a esa sala de juntas me produjo un vuelco en la base del estómago, pero el único y que de manera inexplicable me brindó seguridad fue ese tal Ónix. *¡Que Dios, la perfección si existe!* Es alto, de ojos tan grises que se tornan brillantes, rostro tallado y libre de barba, mandíbula cuadrada, aspecto rudo y una seriedad irrompible.

Encima, parece bendecido con una mirada que ordena todo, la clase de mirada que te dice que lo mejor es obedecer y no amanecer tras las rejas.

—Hija, hay que llevarte con ellos —papá se adelanta a abrir la puerta de la sala, preparándonos para salir.

Me aparto de mamá y guardo el móvil en el bolsillo del pantalón.

—Es por tu bien —remarca.

No lo sé, pero no veo otra salida y si estos criminales resultan ser peligrosos... prefiero esta seguridad que me brindan.

Luego salimos de la sala prestada, y al final del pasillo donde el personal cruza metido en el trabajo, lo veo, lo distingo, ahora ya podría reconocerlo aunque solo nos conociéramos de horas. Veo a Ónix Cromwell lidiando algo con su jefa y entonces unos nervios me atacan.

Nervios que me recorren las piernas y se juntan en mi punto central.

Presiento que esto no va a salir bien.

Mis padres ni siquiera lo notan pero para mí resulta extremadamente raro e incómodo, así que camino con ellos rogando que no se fijen en mis mejías calientes y enrojecidas, trato de lidiar con las miradas de todos y finalmente soluciono lo de los nervios.

—Comandante Cromwell —dice mi padre, buscando su atención.

—Señor Foster, señora Díaz —el militar los saluda como si fuese una obligación absolutamente necesaria—. Milena —sus relucientes ojos bajan a los míos.

Paso saliva, *¿Pero que se supone que me sucede? Es vergonzoso.*

—Se termina de resolver algunos asuntos internos y me llevo a su hija a una casa de seguridad. Ustedes podrán consultar información sobre ella cada que deseen.

—Perfecto —mi madre mira al militar con ojos de escáner mientras sostiene una difícil sonrisa, aunque convencida de que está es la mejor solución. Su mejor solución. Margaret repasa al hombre y sé que lo asesinaría si no pareciera un tipo profesional.

Profesional y frío.

—Comandante, todo listo —otra mujer mayor que yo se acerca a Ónix y le entrega un documento para firmar, mientras él lo hace, la chica no me quita la atención, una mirada de no aceptación que tiene algo de advertencia encendida.

El comandante termina y se lo entrega de vuelta a la mujer que se aleja a regañadientes, dándome el último vistazo irregular. Luego la veo perderse.

—Es hora de irnos —ordena y nos abandona, imponiendo su tamaño y la seriedad que lo envuelve.

Entonces mi respiración cambia, se vuelve loca, como si mi corazón presidiera de algo a suceder, un suceso que posiblemente cambiaría el rumbo de la historia.

Y sé que esto va para largo a partir de ahora.